

editorial

Acompañar el final de la vida.

He aquí, amigos lectores, otro tema “estrella”, de capital importancia para cuantos estamos al servicio de los enfermos en el último capítulo de la vida, y no solo hacia los enfermos en ese momento final, sino hacia todo hombre y mujer que, sin ese proceso de enfermedad, entra a formar parte del capítulo final, porque no hablamos de una muerte “fulminante”, sino de la muerte como un proceso, como la última pérdida, habiendo pasado antes seguramente por otras pequeñas o grandes pérdidas de la vida: bienes materiales, vínculos afectivos, identidad personal, salud, etc.

La asistencia humana, integral, “holística” pide, exige, un acompañamiento apropiado; es decir, un saber discernir y curar a la persona biológicamente, pero no es suficiente, porque la persona no solo es cuerpo, también es psique, también social y espiritual.

Si pedimos para curar que la medicina aplique al cuerpo cuanto es necesario, pedimos y “exigimos” que a la medicina para el cuerpo se añadan otras disciplinas que “toquen” la persona biográficamente.

No curamos cuerpos, repito, sino personas.

Por ello, nuestra Revista “Labor Hospitalaria” se suma a un gran coro de voces que venimos escuchando y ofreciendo para que la persona humana sea asistida totalmente, integralmente.

El presente número de Labor Hospitalaria no es un simple añadido a la curación, sino un “aliado” que se integra y acompaña todo el proceso final de la persona.

El hombre moderno quisiera anular todo este proceso final que pone en crisis tantas seguridades. Pero ha de enfrentarse a la muerte. Dice el Concilio Vaticano II:

“El máximo enigma de la vida humana es la muerte.

El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua” (GS 18).

De Elisabeth Kübler-Ross es esta frase:

“Si basas tu vida en el miedo, la terminarás con el miedo”.

Podemos hablar de rechazo social de la muerte, de ignorancia social. La muerte está hoy acompañada por el silencio, por el engaño, por el ocultamiento, por la soledad; la muerte es puesta de lado, no se quiere hablar de ella; es tabú; pornografía de la muerte.

Vivimos en una sociedad que ha perdido el sentido de la muerte y crea nuevos modos de morir. Marginamos, negamos, modificamos el ritual.

La muerte va contra la estabilidad y la felicidad de la sociedad, por eso escandaliza, es injusta, es antiestética para una sociedad que admira la belleza y la perfección física.

No queremos que nos recuerde nuestro fin, por eso la alejamos, la aislamos, no queremos que nos sea familiar, que nos recuerde nuestra propia muerte.

“Escondemos la muerte como si fuese algo vergonzoso y sucio. En la muerte vemos solamente el horror, lo absurdo, sufrimiento inútil y penoso, escándalo insoportable...”.

Sin embargo, la muerte nos pertenece, porque es parte de la vida. Dice Tagore:

“La muerte, al igual que el nacimiento, es parte de la vida. Caminar quiere decir levantar el pié, así como apoyarlo en el suelo”.

Lo más importante es la vida. Se nace para vivir. La muerte es sólo un puente entre dos orillas, por eso pertenece a nuestro camino, a nuestra vida. Sólo quien experimenta la vida sabe lo que es la muerte. Sólo el que vive plenamente, puede morir una muerte llena de vida. Vivir es como un continuo nacer. Por esto, si la muerte pertenece a la vida, ella será el último nacimiento, la última etapa, la “opción última”, la última oportunidad de la vida.

Y la muerte es también cátedra de vida porque nos enseña a valorar las cosas en su dimensión real; nos pone en contacto con la esperanza de una vida que trasciende y porque nos hace más sensibles a los valores humanos y espirituales.

Un poeta español, Pemán, se expresa de esta manera:

“El que no sabe morir mientras vive, es vacío y demente; morir un poco cada día es el modo de vivir. Vivir es preparar el alma para lograr la vida muerta al placer y al mundo, de manera que, cuando llegará la muerte, le quedará muy poco por hacer”.

Otro poeta español, el catalán Joan Maragall, dice en su canto espiritual:

“Y cuando llegará la hora en la que estos ojos de hombre se cerrarán, ábreme, Señor, otros ojos más

grandes, para contemplar tu rostro inmenso. La muerte sea siempre para mí un nacimiento mayor”.

Como esfuerzos por recuperar el sentido de la muerte señalamos algunos; son intentos que, multiplicados, pueden cambiar nuestro lenguaje, nuestros gestos, nuestro acompañamiento.

- Los hospice y las casas de acogida: son esfuerzos en pro de la humanización de los cuidados al moribundo.
- Los cuidados paliativos, nueva filosofía en el acompañamiento de los moribundos; es una búsqueda que conduce a un sentido.
- El testamento de vida, es también un esfuerzo de humanización y un intento de recuperar el control sobre la muerte, ya que se trata de preservar la dignidad humana hasta el final de la vida.
- Campañas en pro de la asistencia a los moribundos en familia.
- Planes de acción encaminados a un cambio de mentalidad a varios niveles - social, ético, político, asistencial y eclesial.

Garantizar al enfermo una muerte digna, esto es, morir en paz, acompañado, libre, y también confortado con la oración y los sacramentos, si el que muere es creyente.

Estamos muy lejos todavía de este acompañamiento total: **técnico, humano, espiritual y religioso.**

Muchos esfuerzos se vienen haciendo, pero la práctica, en general, sigue otros caminos.

Las facultades de medicina y enfermería han de realizar un gran cambio en la formación. Igualmente se diga de los otros profesionales que se integran en este campo, sean psicólogos,

asistentes sociales o pastoralistas...

Preparación, preparación e integración. Todos son necesarios, pero se debe trabajar más en equipo para llegar a una curación integral de la persona.

Ojalá que este número de Labor Hospitalaria contribuya, por su parte, a este noble y necesario ejercicio.

+ José L. Redrado, OH
Director

